

huella de vuestro paso, el recuerdo de servicios prestados á la civilización. Tal era mi deseo y el vuestro. Pero el día en que la magnitud de nuestros sacrificios me pareció que sobrepasaba á los intereses que nos habían llevado allá, decidí espontáneamente llamar á nuestro cuerpo de ejército. El gobierno de los Estados Unidos comprendió que una actitud poco conciliadora sólo habría servido para prolongar la ocupación y agriar relaciones que, para bien de ambos países, deben seguir siendo amistosas» (1).

1 Este engañoso y reticente fragmento del discurso imperial no dió margen en 1867 á protestas del partido liberal en el seno del Cuerpo legislativo, como había sucedido los años anteriores al discutirse las enmiendas propuestas á la *adresse*, por dos razones: 1.<sup>a</sup>, porque el derecho de *adresse* había sido abolido algunos días antes por el decreto de 5 de febrero, y substituído por el derecho de interpelación otorgado á los diputados; 2.<sup>a</sup>, porque, satisfecho dicho partido con las reformas liberales que Napoleón III había introducido en el regimen imperial y con la evacuación de México, no creyó prudente insistir en censuras extemporáneas. Además, el grupo de los Cinco, que había sido el promotor de las protestas contra la expedición de México, se había definitivamente disuelto, habiéndose Emilio Olliver, desde que se había inaugurado el imperio liberal, adherido abiertamente al gobierno, en el cual, aún antes de ser ministro, tenía una influencia preponderante.—NOTA DEL TRADUCTOR.



## CAPITULO IX.

### El cerro de las Campanas.

#### I (1).

El 1.º de julio, en la solemne distribución de las recompensas otorgadas con motivo de la Exposición Universal de 1867, Napoleón III, que tenía á su derecha al sultán Abdul-Azís, pronunció un discurso que terminaba con las siguientes frases: «Los extranjeros han podido apreciar que esta Francia, antes tan inquieta y que llevaba sus inquietudes más allá de sus fronteras, ahora laboriosa y tranquila, es siempre fecunda en ideas generosas y sabe amoldar su genio á las maravillas más variadas, no dejándose enervar por los goces materiales. Los espíritus observadores deben haber comprendido sin dificultad, que, á pesar del desarrollo de la riqueza, á pesar del esfuerzo hacia el bienestar, nuestra fibra nacional está siempre pronta á vibrar luego que se trata de honor y de patria; pero que esa noble susceptibilidad no puede inspirar temores de que sea turbado el reposo del mundo. Que aquéllos que han vivido entre nosotros algunos instantes vuelvan á su país llevando formada una justa opinión del nuestro; que estén persuadidos de los sentimientos de estimación y de simpatía que abrigamos hacia las naciones extranjeras y de nuestro sincero deseo de vivir en paz con ellas».

Mucho llamó la atención la palidez del semblante y la emoción de la voz del emperador, que contrastaban con la serenidad de sus palabras. Al entrar al palacio del Campo de Marte,

1 Este párrafo forma parte del capítulo de *El Imperio Liberal* que precede al que lleva el título de *El cerro de las Campanas*. —NOTA DEL TRADUCTOR.

había recibido, de manos del príncipe de Metternich, el despacho que anunciaba la ejecución de Maximiliano, acerca de la cual corrían rumores en París desde la víspera.

## II.

Tal acontecimiento era cruel, pero no inesperado. Parecía inminente desde la retirada de nuestras tropas.

En ese instante, México entero, recobrado por Juárez, que iba á establecer su gobierno en San Luis Potosí, estaba en poder de los ejércitos republicanos, con excepción de cuatro ciudades: Veracruz, Puebla, México y Querétaro. Pero pronto Porfirio Díaz acampó frente á Puebla, y Escobedo y Corona marcharon sobre Querétaro.

Miramón comenzó lo que Maximiliano llamaba *la pacificación* por un ataque contra Zacatecas, que tuvo éxito favorable. Ebrio de gozo por este triunfo, Maximiliano le escribió: «En caso de que logréis apoderaros de Don Benito Juárez, Don Sebastián Lerdo de Tejada, Don José M. <sup>2</sup> Iglesias ó Don Miguel Negrete, os recomiendo de una manera especial *que les hagáis juzgar y condenar por un consejo de guerra*, conforme á la ley de 4 de noviembre último. Pero la sentencia no deberá ser ejecutada antes de recibir nuestra aprobación. De ella nos enviaréis inmediatamente una copia, por conducto del ministro de Guerra, y hasta que no hayáis recibido nuestra resolución, os recomendamos que deis á los prisioneros un trato conforme con lo que exige la humanidad, sin dejar por eso de tomar todas las precauciones necesarias para evitar una *evasión*» (5 de febrero de 1867). Esta carta no llegó á su destinatario, que había sido ya derrotado: cayó en manos de los juaristas y fué después una pieza funesta del expediente formado con motivo del proceso de Maximiliano.

Al día siguiente de su victoria efímera, Miramón, atacado por fuerzas superiores, fué literalmente hecho pedazos en San Jacinto (6 de febrero); su hermano Joaquín, hecho prisionero, fué fusilado á la luz de una vela; ciento cincuenta y siete soldados franceses fueron ejecutados en pequeños grupos. Mi-

ramón, herido, se escapó con gran trabajo. El desaliento de Maximiliano al recibir la noticia de esta derrota, fué igual á su reciente exaltación, y dió dos pasos que demostraron el desorden de sus ideas.

El primero fué enviar á Porfirio Díaz á un tal Burnouf, para ofrecerle el mando de las fuerzas encerradas en Puebla y en México, añadiendo que «Márquez, Lares y Cía. serían despojados del poder y que él mismo abandonaría el país, dejando la situación en manos del partido republicano». Porfirio Díaz contestó que, «como general en jefe del cuerpo de ejército cuyo mando había querido confiarle el gobierno, no podía tener con el archiduque otras relaciones que las que la ordenanza y las leyes militares autorizan con el jefe de la fuerza enemiga», y dió inmediatamente cuenta á Juárez de la proposición.

El segundo paso que dió Maximiliano fué escribir una carta á Lares: «La situación actual de México me conmueve profundamente. Cada resolución adoptada para terminar la guerra nos conduce á encenderla más, y donde quiera que se intenta consolidar el imperio corren torrentes de sangre sin obtener la menor ventaja. Se esperaba que, una vez *emancipado* el imperio de la intervención francesa, nuestra acción se haría sentir de una manera saludable en favor de la paz y del bienestar de las poblaciones. Desgraciadamente, ha sucedido lo contrario, y si los hechos para siempre lamentables de San Jacinto y del Monte de las Cruces nos sirven para abrirnos los ojos, constituirán el recuerdo más amargo del imperio. Mucho se prometía de la habilidad, de la aptitud, de la lealtad y del prestigio de los generales Mejía, Miramón y Márquez. El primero ha dejado el servicio so pretexto de su estado de salud; el segundo ha sacrificado, casi sin combatir, en la primera batalla que ha dado, todos los elementos que se le habían confiado; el tercero, después de haber arrancado todo, por los medios más violentos, á los ciudadanos laboriosos y pacíficos, ha ordenado una expedición mal calculada, cuyos sangrientos resultados no se deplorarán nunca lo bastante. Al mismo tiempo, el tesoro está agotado; para atender miserablemente al servicio de algunos ramos de la administración, hay que imponer préstamos forzados, imposibles de realizar, aún por medio de los procedimientos más vejatorios, y decretar contribuciones extraordinarias más odiosas que productivas. El imperio no tiene, pues, en su favor la

fuerza moral ni la fuerza material: los hombres y el dinero huyeron de él y la opinión se pronuncia de todas maneras en su contra. Por otra parte, las fuerzas republicanas, que injustamente se ha tratado de representar como desorganizadas, desmoralizadas y solamente animadas del deseo de pillaje, prueban con sus actos que constituyen un ejército homogéneo, estimulado por el valor y la habilidad de su jefe y sostenido por la idea grandiosa de defender la independencia nacional, que cree puesta en peligro por la fundación del imperio. En situación tan crítica, no tenemos siquiera el recurso de apelar al sufragio universal de las poblaciones, porque el voto de algunas localidades ocupadas por las armas imperiales, no significaría nada en cuanto al resultado. El momento de emplear este medio ha pasado; debemos, pues, renunciar á él para siempre. Yo he contraído para con México el compromiso de no ser nunca causa de que se prolongue la efusión de sangre. El honor de mi nombre y la inmensa responsabilidad que pesa sobre mi conciencia, ante Dios y ante la Historia, me prescriben no diferir más una gran resolución que haga cesar inmediatamente tantos males. Espero, pues, que tenga Ud. á bien indicarme, con la prontitud que las circunstancias exigen, las medidas que juzgue Ud. oportunas para desenlazar la crisis actual; arreglándose sobre las ideas expresadas en esta carta, y teniendo en cuenta únicamente el bien y la prosperidad del pueblo mexicano, con entero desprendimiento de todo interés político y personal».

Esta carta sorprendente, verdadera requisitoria contra el imperio, tan dura como ningún juarista la hubiera pronunciado, exigía esta única contestación: «Si es así, idos!».

«Idos!, contestó en efecto Lares, pero sólo de vuestra capital; dirigíos á Querétaro. De ahí podréis, mejor que de México, realizar vuestro proyecto de tratar con Juárez. Concentrad ahí el mayor número posible de tropas regulares, á las órdenes de los generales más distinguidos y más leales, y tomad el mando en jefe para reprimir las rivalidades y las preferencias inevitables entre nosotros cada vez que se hallan en contacto dos ó más oficiales del mismo grado. Asumiendo así una actitud verdaderamente fuerte, que haga comprender á los republicanos que encontrarán aún enérgicas resistencias, entraréis directamente en arreglos con Juárez, debiendo limi-

tarse el debate á hacer que se estipule la introducción de las siguientes reformas constitucionales por el primer congreso que se reúna: creación del Senado, inamovilidad de los miembros de la Suprema Corte de Justicia, elección directa del presidente y de los diputados, restitución del derecho de voto al clero, libertad á las corporaciones para adquirir bienes raíces, amnistía etc., etc.»

Así, el emperador y sus ministros estaban contestes en que el imperio era imposible y en que era preciso no asumir una actitud de combate sino con el objeto de lograr que fuera reemplazado, lo más honorablemente posible, por la república de Juárez. Hasta entonces se habían visto gobiernos que abdicaran obligados á ello por la fuerza: el de Maximiliano decretaba él mismo su muerte.

Maximiliano escuchó aquellos consejos. Nombró á Lares depositario del poder, con el carácter de presidente del Consejo de Ministros, dió al Gral. Tabera el mando en jefe del 2º cuerpo de ejército, de guarnición en México, y tomó el camino de Querétaro furtivamente, á las 5 de la mañana, el 13 de febrero, con una fuerza de mil quinientos hombres y cincuenta mil pesos. Iba á la cabeza de la columna en traje nacional mexicano, y formaban parte de su estado mayor: Vidaurri, hombre experimentado y de criterio firme y recto, el príncipe de Salm-Salm, prusiano que, después de haber servido en la guerra de Secesión, había sabido captarse su confianza, el coronel López, oficial de la Legión de Honor, de hermosa presencia, de rubia cabellera, de maneras distinguidas, y que gozaba también de su estimación. El personaje más importante de ese estado mayor era un hombrecillo de ojos y cabello negros y que ocultaba bajo una barba también negra una cicatriz que tenía en la mejilla: el Gral. Márquez. Gustaba de estar solo, andaba siempre pensativo y sombrío, y no se acercaba al emperador sino cuando le llamaba, volviéndose entonces muy obsequioso. Márquez no admitía que se tratase con Juárez. Clerical irreductible, sólo concebía la lucha sin tregua ni piedad, y estaba dispuesto, si Maximiliano renunciaba á ella, á continuarla por sí solo ó en compañía de Santa Anna.

En Querétaro encontró Maximiliano á Miramón y al Gral. del Castillo, y llegó ahí Méndez poco después. Una desenfadada discordia reinaba entre los diversos miembros de este estado mayor.

Miramón y Márquez se aborrecían, Méndez desconfiaba de uno y de otro igualmente, y todos tenían celos de López, á causa de la preferencia con que le distinguía el emperador. Maximiliano, en medio de esas rivalidades, no sabía qué partido tomar, porque carecía de autoridad suficiente para imponerse á todos. Sin embargo, como era preciso decidirse en favor de alguien, escogió á Márquez y le hizo jefe del estado mayor. Miramón, que había sido presidente de la República, creía que aquel puesto le pertenecía, se sintió postergado y eso aumentó su descontento.

## III

Querétaro tenía treinta y cinco mil habitantes. Se la llamaba la *ciudad levítica*, porque ahí dominaban los frailes y abundaban los conventos, grandes como fortalezas. El representante del partido conservador podía, pues, estar seguro de ser ahí recibido con entusiasmo y sostenido con abnegación. Desde el punto de vista estratégico, la elección de Querétaro no podía ser peor: la ciudad sólo puede defenderse ocupando las alturas que la rodean, y como para eso no bastaba el pequeño efectivo del ejército imperial, éste se encontró dentro de una ratonera, sin más salida que los cercanos desfiladeros de la Sierra Gorda. La llave de plaza era el convento de la Cruz, situado en su ángulo sudeste, sobre una roca que la domina en una longitud de seiscientos metros y una anchura de cuatrocientos. Este convento estaba resguardado por una fuerte muralla exterior y dentro de él había extensos patios, una capilla y sólidos edificios de cantera. En el otro extremo de la ciudad está el cerro de las Campanas, ligado á la posición anterior por el río que atraviesa la ciudad. La guarnición ascendía apenas á diez mil hombres, pero eran aquéllas las tropas mexicanas más vigorosas, y había entre sus filas algunos intrépidos franceses.

Dos ejércitos republicanos marchaban sobre Querétaro: el uno á las órdenes de Escobedo (doce mil hombres), el otro á las de Corona (ocho mil). Distaban uno de otro cincuenta

leguas al menos. En tal caso, la estrategia mandaba que se imitara lo que con tan buen éxito acababa de hacer en Falkenstein el ejército del Mein: arrojarse primeramente sobre una de las fracciones republicanas, derrotarla y volverse sobre la otra. Eso aconsejó Miramón, pero Márquez, muy ignorante en asuntos de estrategia, se opuso á ello y Maximiliano se adhirió á su opinión. Se esperó, pues, en completa inactividad, que los dos ejércitos se reunieran, y se les dejó investir reunidos la plaza. Envalentonado por tal inercia, Escobedo, general en jefe de las fuerzas unidas, dió un asalto el 14 de marzo; pero éste fué rechazado brillantemente, gracias á la caballería de Mejía, dando esa vez Maximiliano pruebas de gran bravura. No obstante, el cerco se volvió más estrecho, y sabido es que plaza completamente cercada es plaza tomada por hambre tarde ó temprano.

¿Teníanse esperanzas de recibir auxilio y provisiones, ó era preferible salir antes de una completa sofocación y encerrarse en México, para hacer ahí, en mejores condiciones, la suprema defensa? Maximiliano reunió un consejo de guerra para resolver ese problema. No queriendo influir en las opiniones, se abstuvo de asistir á ese consejo, dejó que lo presidiera Miramón y esperó el resultado en una pieza vecina. Como siempre, Miramón y Márquez opinaron de manera distinta: Márquez sostuvo que era preciso regresar á México, Miramón que se debía permanecer en Querétaro. Y el consejo adoptó la opinión de éste último, porque no valía la pena haber salido de México para regresar ahí inmediatamente, y además, porque las tropas, insuficientemente disciplinadas, eran incapaces de afrontar, al retirarse, los ataques de los ejércitos republicanos reunidos. Se creyó que bastaría con enviar á México á Márquez, con el título de lugarteniente general del imperio y plenos poderes del emperador.

Con respecto á las instrucciones recibidas por Márquez, hay dos afirmaciones contradictorias. Según Maximiliano y sus generales, se le prescribió que llevara de la capital á Querétaro, tropas, municiones, dinero, y Márquez prometió, bajo su palabra de honor, estar de vuelta veinte días después, cuando más tarde. Según Márquez, no se le dieron esas instrucciones, sino que se le ordenó que defendiera y conservara la capital como

centro de resistencia y punto de reunión, como último recurso, y que enviara á Querétaro, por medio de correos y diariamente, los fondos y municiones que pudiera conseguir. Habría sido inútil que se le invitiese con los poderes de lugarteniente general, si su única misión hubiese sido llevar tropas y provisiones de guerra á Querétaro.

Vidaurri partió con Márquez, con el carácter de ministro de Hacienda y presidente del Consejo de Ministros, é Irribarren, conocido por su indomable energía, fué nombrado ministro de Gobernación en lugar de Lares. Maximiliano completó estas medidas con una *acta de abdicación* en la que no decía una palabra de abdicación y en la que sólo instituía, por ausencia de la emperatriz, una regencia «que aseguraría la felicidad de la nación mexicana, aún después de la muerte del emperador» (30 de marzo de 1867). La noche del 22, Márquez salió de Querétaro, acompañado de mil jinetes al mando del Gral. Quiroga. Mientras Maximiliano debilitaba así sus fuerzas, quedando en espera de un socorro eventual, Escobedo aumentaba las suyas con un inmenso contingente.

## IV

Márquez burló la vigilancia del enemigo y llegó á México el 27 de marzo, causando estupefacción con su llegada. La capital había pasado aciagos días. El cerco comenzaba á estrecharse en rededor suyo, y miserablemente defendida por seis mil hombres, se había ya empezado á sujetar á ración á sus habitantes. Se había impuesto, aún á los extranjeros, una contribución de 1 p<sup>o</sup> sobre todo capital susceptible de ser empleado en una industria cualquiera, debiendo verificarse ese pago mitad dentro de los seis días siguientes á la expedición del decreto, mitad dentro de los otros quince días. Había habido imposibilidad material para hacer efectivo ese impuesto, y Márquez, al día siguiente de su llegada, convocó al alto comercio y á los grandes propietarios extranjeros y les cotizó á su antojo, exigiéndoles inmediatamente el pago de sus cuotas. Hubo pro-

testas y gritos, pero al caer la tarde, el tesoro había reunido más de trescientos mil pesos.

Provisto así de dinero, Márquez dejó á Vidaurri encargado del gobierno y partió rumbo á Puebla con mil novecientos infantes, mil seiscientos jinetes y una batería. Había recibido malas noticias de esa ciudad, que Porfirio Díaz, con ocho mil hombres, se apercebía á atacar. Pensó que dirigiéndose ahí violentamente, aumentaría su efectivo con el de la guarnición que la defendía, y que podría volverse sobre Querétaro y obligar á Escobedo á levantar el sitio. Este plan era atrevido; su buen éxito habría puesto en peligro á la república. Una señora de México se lo comunicó á Díaz, y éste, que estaba desprovisto de municiones, pidióle las suficientes al Gral. Alvarez, reunió á sus generales y oficiales superiores y les dijo: «Cuando veáis encendida una hoguera en la loma de San Juan, entrad á Puebla». A las cuatro de la mañana encendió la hoguera y se dió el asalto por trece lados á la vez. Los imperialistas, sorprendidos, se rindieron y los fuertes capitularon (2 de abril).

Díaz, sin perder un instante, se arrojó sobre Márquez. Este no supo qué partido tomar; su fuerza, amenazada de ser atacada por la retaguardia por la caballería enemiga, se dispersó, y él, dejando que sus soldados salieran del paso como pudieran, derribó á algunos jinetes que le cerraban el camino y huyó rumbo á México con su estado mayor. Ninguno de aquellos vencidos habría regresado á la capital, si no hubiese sido por la sangre fría del coronel Kodolisch, que tomó el mando y supo salvar á dos mil hombres, con los cuales llegó á la capital el día 8 de abril.

Esta derrota produjo desastrosos resultados. Márquez siguió siendo temido, pero ya no respetado. Los austriacos le acusaban en alta voz de incapacidad y cobardía, y sólo pudo sostenerse en el mando redoblando sus rigores. El desaliento cundió. Porfirio Díaz no intentó ya entrar en la capital: ocupó la Villa de Guadalupe y Chapultepec, posiciones excelentes, y comenzó á cercarlas, cortando las comunicaciones y llevando de Puebla el material necesario (14 de marzo). Márquez, sitiado, se vió en la imposibilidad de socorrer á Maximiliano, por necesitar él mismo que se le socorriera.

Entretanto, en Querétaro, se decía diariamente: «Va á llegar Márquez». Aumentaban las privaciones, disminuían los recursos, mientras al enemigo le llegaban de todas partes. El 24 de marzo, Escobedo emprendió un nuevo asalto con tropas recién llegadas, que combatieron con tanta mayor resolución cuanto que se las había dicho que la empresa era fácil. Estos soldados brillaban por su limpieza; lucían pantalones blancos que habían lavado antes de la batalla, paseándose al aire libre, en traje de Adam, mientras se secaban. Se les dejó acercar á algunos centenares de pasos de distancia y se les recibió con una lluvia tal de proyectiles, que huyeron despavoridos. La segunda columna no fué más feliz que la primera; aunque por un instante se apoderó de la Casa Blanca, no pudo sostenerse ahí. Méndez la rechazó, y aunque volvió á la carga, tuvo al fin que retirarse dejando en el campo dos mil muertos.

Maximiliano recompensó á los que se habían distinguido en esta jornada, con una medalla de bronce. Cuando todos los oficiales hubieron recibido esta condecoración, Miramón la ofreció al emperador diciéndole: «En nombre del ejército, me tomo la libertad de ofrecer esta prenda de bravura al más bravo de todos».

Todo esto era muy honroso, pero no proporcionaba soldados ni víveres. Márquez no llegaba, y por más tenaz y gloriosa que fuese la resistencia, su resultado no era dudoso. Mejía y Méndez lo sentían y conjuraron á Maximiliano para que saliese de aquella ratonera antes de que la empresa se volviese imposible. La Sierra Gorda estaba á ocho leguas de Querétaro, hacia el norte; en aquellos estrechos desfiladeros, bastarían algunos hombres para detener á un ejército. Esa era la tierra natal de Mejía, que mandaba ahí como rey absoluto; todos los indios, que le llamaban *papá Tomasito*, acudirían á su primer llamamiento. El emperador podría permanecer en la sierra algunos meses y ganar después la costa del golfo de México. Pero Miramón, que, desde la partida de Márquez, tenía influencia preponderante en el ánimo de Maximiliano, no le dejó seguir este

consejo, alegando que Querétaro podía sostenerse aún y que, no siendo indudable que Márquez no volviese, era preciso esperar. Esta obstinación estaba en consonancia con el sentimiento de orgullo que constituía el fondo del carácter de Maximiliano. Quería acabar bien, pero teatralmente, como un caballero que rinde su espada pronunciando frases sonoras, no como un triste aventurero que se escapa por los desfiladeros de la montaña. Por otra parte, estaba convencido de que nada arriesgaba, porque Juárez no se atrevería á atentar contra la vida de un archiduque de Austria. Sin cuidarse de la suerte de sus generales, que no podían contar con la misma impunidad, lo sacrificó todo á su deseo de caer en actitud artística, y todos permanecieron en Querétaro.

Márquez, entretanto, no llegaba, y los víveres se agotaban y los hombres disminuían. Fué preciso adoptar medidas extremas. Todo el azufre y el salitre de la ciudad, hasta las pequeñas cantidades que había en las boticas, fué sujeto á requisición; las campanas de las iglesias y el techo del teatro, que era de plomo, fueron fundidos; se comía solamente maíz y carne de mula. Quanto al dinero, se obtenía por medios que parecían ideados por el mismo Márquez. Así, un habitante que se negó á entregar seis mil duros fué expuesto, durante dieciocho horas, al fuego de los sitiadores en un fortín, y después encerrado en una especie de jaula, debajo de una escalera, sin comer ni beber, hasta que fué entregada la suma. Una joven estuvo presa en un calabozo inmundado hasta que su padre entregó el dinero que se le exigía. A los muchos que eran expuestos en los fortines al fuego enemigo durante la noche, se les obligaba á tener en la mano una tea, para que pudiesen servir de blanco á los asaltantes. Pero peor que todo eso era el disentiimiento que había surgido entre Méndez y Miramón. Cada cual quería que el emperador ordenase que el otro fuese arrestado.

Como Márquez persistía en no llegar, Maximiliano resolvió que alguien fuese á encontrarle. Comisionó al príncipe de Salm-Salm para que en México le buscara y le llevara á Querétaro, aprehendiéndole si había traicionado. Miramón hizo que el Gral. Moret se agregara á Salm-Salm. Los dos enviados encontraron al enemigo informado de su salida por unos espías, y se vieron obligados á regresar á la plaza. Se pensó entonces

que un hombre solo podría pasar fácilmente al través de las líneas enemigas, y se envió al alsaciano Muth.

Antes de su regreso llegaron las malas noticias. Campanas que repicaban y clarines que tocaban diana en el campo de los sitiadores, hicieron saber á los sitiados que allá había motivo de regocijo, y un peón de la hacienda del Jacal, en donde estaba el cuartel general de Corona, fué á contar que los republicanos celebraban una derrota que Márquez había sufrido entre Puebla y México, y que discutían acerca de lo que se debía hacer con Maximiliano y afirmaban que era preciso fusilarle, aunque manifestando temores de que fuese perdonado. Ese hombre añadió que Corona había dicho: «Para evitar eso, hay un medio: que sea fusilado por su escolta, como lo fué el presidente Comonfort».

Maximiliano no quería creer en la derrota de Márquez, cuya presencia no se explicaba por el rumbo de Puebla. Pero Muth volvió y confirmó la noticia. El alsaciano había entrado al campo liberal fingiendo desertar de la plaza sitiada, y traía noticias exactas: Márquez había sido derrotado, Puebla tomada y el enemigo estaba resuelto á no dar ya ningún asalto, sino sólo á estrechar la plaza para que se rindiera por hambre. Maximiliano tomó entonces la resolución desesperada de pasar con su ejército al través de las líneas enemigas. Sólo dió noticia de este proyecto á Miramón, Castillo, Salm-Salm y López, y para que los habitantes ni siquiera lo sospecharan, tocaron diana los clarines, y las campanas que todavía no habían sido fundidas repicaron como en días de victoria. El ímpetu con que las tropas imperialistas atacaron á los sitiadores fué tal, que éstos abandonaron quince cañones, una cantidad considerable de armas, de municiones y de prisioneros, y huyeron presa del pánico, algunos á cuatro leguas de distancia de Querétaro. Se había logrado el fin que se perseguía con la salida: transcurrirían muchas horas antes que Escobedo pudiese enviar nuevas tropas. Era preciso aprovechar desde luego la ventaja obtenida para salir del círculo de hierro que cada día se volvía más estrecho. Pero Maximiliano era incapaz de llegar al cabo de ninguna empresa. Aturdido con las aclamaciones que le acogieron en el campo de batalla, no se precipitó hacia la salida, que estaba franca en ese momento: se entretuvo en deliberar con Miramón y se dejó persuadir de que, en vez de huir, era preferible

quedarse para obtener una victoria completa. Este tiempo, perdido por Maximiliano, no lo había sido por Escobedo: cuando los imperialistas volvieron á tomar la ofensiva, procurando trepar por las pendientes del Cimatarío, las tropas republicanas, que ya ocupaban de nuevo la cúspide, los recibieron con un fuego terrible, y á pesar del ejemplo de Maximiliano, que iba á su cabeza espada en mano, fueron á su vez rechazados y obligados á abandonar en completo desorden las posiciones que momentos antes habían conquistado. Aquel día fué, sin embargo, glorioso para los defensores del imperio: hicieron seiscientos prisioneros y se apoderaron de veintidós cañones; pero fué estéril é hizo que se desvaneciera la última esperanza de salvación (27 de abril).

## V

Comenzó entonces la agonía de la plaza. Faltó el dinero, las municiones, los víveres y hasta el maíz; reinó el hambre; los infantes, cuyo número había disminuído, fueron reemplazados, en la defensa de las trincheras, por jinetes cuyos caballos habían muerto de hambre; todas las noches llegaban al campo enemigo desertores que pedían pan. La guarnición ya no contaba más que con cinco mil ciento treinta y siete hombres. Hasta entonces el problema había sido: capitular ó abrirse paso; pero ya ni una ni otra cosa era posible: no se podía huir, porque el cerco era hermético, ni se podía capitular, porque el enemigo no lo habría consentido. Había que escoger entre entregarse á discreción ó hacerse matar en medio del pillaje y de la carnicería de un asalto general. Miramón y algunos oficiales propusieron que se hiciese una suprema tentativa para salir de la plaza después de haber clavado los cañones y destruído municiones y pertrechos.

Era un proyecto loco hasta el salvajismo. Apenas hubiesen los sitiados avanzado algunos pasos, habrían sido aniquilados, siendo pasados por las armas sus oficiales, sin proceso alguno, y tomada la ciudad á sangre y fuego por una soldadesca desenfundada. Entonces despertó en Maximiliano un

instinto que era en él tan poderoso como el orgullo: la bondad. Causóle horror el cubrirse con tanta sangre inútil; pero siempre débil, no sabiendo resistir de frente, temeroso de ser desobedecido, recurrió á la astucia. Fingió aceptar la idea de aquella loca salida y se ingenió en retardar el día en que se verificara, bajo los más fútiles pretextos. Fijó primeramente el 10 de mayo, después el 13, y por último, constreñido por Miramón, señaló la noche del 14. Un consejo de guerra fué convocado para la tarde de ese día, con objeto de dictar las últimas disposiciones.

Tomó entonces Maximiliano una determinación radical: comisionó á su favorito López para que fuese á ver á Escobedo y le pidiese que le dejara, con su séquito y su escolta, ganar el puerto de Tuxpan, en donde se embarcaría para Europa, dando su palabra de honor de no volver jamás á México. Era tanto el deseo que tenía Maximiliano de impedir la carnicería que se preparaba, que autorizó á López para que, en caso que Escobedo se negara á dejarle salir, le dijera que se entregaba á discreción; que en el convento de la Cruz, á las tres de la mañana, no encontrarían los republicanos ninguna resistencia, y que él se constituiría prisionero. Maximiliano esperaba que, destruído el imperio y él lejos de México, cesaría la exasperación y Juárez cedería á las insinuaciones de su carácter, inclinado á la clemencia. Por eso lo esencial le parecía obtener la libertad de salir del país.

Provisto de tales instrucciones, López se presentó á las siete de la noche en el campo republicano y solicitó una entrevista con el general en jefe. Este le recibió con desconfianza. Sin embargo, como López se decía formalmente enviado por Maximiliano, Escobedo consintió en hablarle á solas, y cuando hubo escuchado lo que se solicitaba de él, dijo: «Tengo órdenes precisas; no puedo tratar sino de la rendición sin condiciones». López quiso entrar en discusión, hizo un elogio del emperador y de sus tropas, dijo que podían aún forzar las líneas de los sitiadores, prolongar la guerra y ocasionar mayor derramamiento de sangre. Escobedo contestó: «Conozco vuestra situación tan bien como vos mismo. Sé que vais á intentar una salida, que columnas ya formadas sólo esperan la orden de pasar las trincheras. Eso es para mí satisfactorio; hasta facilitaré vuestro movimiento dejándoos paso franco, para caer después sobre

vosotros con mis doce mil jinetes, que convertirán el campo de batalla en un lago de sangre imperialista». Los desertores que Escobedo recibía todos los días, le habían, en efecto, dado á conocer la verdadera situación de los sitiados. López no pudo replicar.

Escobedo creía terminada la entrevista, cuando oyó con sorpresa que el emisario le dijo que Maximiliano le había ordenado que, «para poner fin al sitio bajo cualesquiera condiciones, y estando resuelto á impedir los sangrientos acontecimientos que estaban próximos, le manifestara que se entregaba á discreción, y que, á las tres de la mañana, las tropas que defendían el cementerio de la Cruz se concentrarían en el convento, para que los republicanos pudiesen apoderarse sin resistencia de esa llave de la plaza». El general no pudo menos de manifestar que no daba crédito á lo que escuchaba, á aquellas proposiciones inexplicables de parte de un príncipe que había demostrado tanta energía en Orizaba. Pero López le reveló que el emperador ya no quería continuar la defensa; que creía todos sus esfuerzos absolutamente inútiles; que aunque las columnas que debían forzar la línea del sitio estaban formadas, él quería detenerlas y no estaba seguro de que sus órdenes fuesen cumplidas por jefes obstinados que ya no le obedecían.

## VI.

Mientras López parlamentaba, Maximiliano deliberaba con sus generales, ganando tiempo con discusiones pueriles acerca de los términos de una proclama que se redactaba. Muchas veces mandó á un ayuda de campo que buscara á López, que no fué encontrado en su alojamiento hasta las once. Se le notó cierta turbación, pero el emperador la atribuyó á la pena que le causaba haberse hecho esperar. Después, le llamó aparte y habló con él largamente. López le dió cuenta del desempeño y del fracaso de la misión que le había encomendado, y le comunicó lo que había convenido con Escobedo. Terminada la conversación, Maximiliano le condecoró, delante de sus oficia-